

TERRITORIOS

Vicente Pimentel en un abrir y cerrar de ojos

“APUNTANDO LAS ESTRELLAS”

•••

DELIA BLANCO

"A Doña María Ugarte, quien supo quererle y admirarle antes que yo..."

Vicente vive en París, en el taller del Quai de la Gare, mágico lugar de *artes* abiertas y vivas. El sitio huele a aires marinos por el caudaloso río Sena, acompañado de gaviotas perdidas picoteando en la basura, en busca de un mendrugo de pan.

Su taller está allá por lo alto, en lo más arriba de la "Nevera"; así llaman al edificio por el frío tan persistente que penetra desde octubre hasta la primavera, con las paredes llenas de aventureros del arte. En una de las fachadas frontales un alpinista ficticio estira su muslo queriendo agarrarse del cielo.

Vicente abre su puerta, prudente, con una mirada felina y una sonrisa medida, tímida, con el desliz labial de los mejores años de la infancia. Una chispa cómplice alumbró su mirada cuando se pone a hablar de las cosas sencillas y profundas de la vida. Ama las civilizaciones, los interrogantes de la humanidad. Se asombra de la violencia, no la entiende ni la acepta, prefiere mantenerse en la discreción y el repliegue de paz. Temela la tosquedad y la vulgaridad del espíritu.

El arte y el duende respiran en él, por ser lo que es: un hombre asentado en su destino de creador, consciente de la

responsabilidad que conlleva el arrastre de un pensamiento. Pimentel piensa y comparte; encierra inquietudes y sabiduría existencial. Su manera de hablar es medida, atenta al contenido y a la seriedad de lo que se dice. Tiene sus huellas en la tierra y su emoción discreta y callada sale como un manantial de agua límpida antes de hacerse río. Habla con calor y amor de su casa en la Barcelona donde trabajaba y de la gente de su barrio popular y humano, que venía a visitarle. Evoca como un poeta, y el recuerdo se hace movimiento, olor, color, mirada; el aire, el cielo y la tierra que le vieron nacer están todavía en él, en esa lumbre que se enciende en su retina cuando habla de sus hermanos, de su madre.

En las palabras de Vicente Pimentel se siente una profundidad metafísica que aparece en toda su obra. Su misma actitud frente al éxito es totalmente secreta. Cotizado por las leyes del mercado internacional, Pimentel alcanza hoy un valor que sigue creciendo, pero el artista se mantiene frío, ajeno, totalmente fiel a su trabajo, con una coherencia transparente desde hace veinte años. Con una inmensa modestia asegura que "el éxito no es ni manejable ni calculable por el artista".

Pimentel se impuso en Europa a partir de 1978, después



V Pimentel 90

Vicente Pimentel.



Vicente Pimentel. *Sin título*, 1991. Obra sobre papel.

de una formación académica en la Escuela de Bellas Artes de Santo Domingo, entre 1963 y 1968, y sus estudios especializados en Francia, entre 1972 y 1978, en la Escuela de Arte y Arquitectura de Marsella y en el Museo del Louvre.

Las exposiciones presentadas en París fueron muchas. Del 17 de septiembre al 24 de octubre de 1992 se realizaron dos que destacaron a Pimentel como un valor seguro en el arte contemporáneo: una en la famosa Galería Hanin Nocera de la calle Bonaparte, al lado de la Escuela de Bellas Artes, con obras en papel; y en las mismas fechas, otra en la Petite Galerie de la Rue de Seine, en el Barrio Latino, con obras en papel de pequeño formato.

La Galería Hadrien Thomas presentó esculturas del 21 de noviembre de 1992 al 16 de enero de 1993 con el maravilloso título de *Entre Cielo y Tierra*. El periodo 1991-93 constituye unos años de gran éxito para este pintor nacido en Santo Domingo. Éxito por una larga carrera aferrada al trabajo, la bús-

queda y la dedicación. En 1991-92 Hanin Nocera presenta a Pimentel en la F.I.A.C. (Feria Internacional de Arte Contemporáneo) de París, la más prestigiosa de toda Europa. Vale señalar que desde 1986 en Suecia, Dinamarca e Islandia es muy visitada la obra de Pimentel, quien gozó de mucha atención por la prensa especializada en la crítica contemporánea, con motivo de la presencia del pintor en la Feria Internacional de Arte Contemporáneo de Estocolmo.

Coleccionistas de Hong Kong, Japón y Estados Unidos adquieren su obra. En Francia, coleccionistas como Claude Pompidou, esposa del presidente Georges Pompidou, y Lise Toubon son grandes admiradoras del artista. Los Fondos Nacionales de Arte Contemporáneo de París, de Normandía y Martinica poseen obras que hoy día se pueden visitar en los museos regionales y nacionales de Francia, como es el caso del Museo de Arte Contemporáneo de la Ciudad de París.

Desde hace tres años Pimentel trabaja el signo, el trazo, fascinándonos con la serie *Los Salvajes*. Son gestos que nacen del corazón, del pulmón, como si fuesen la prolongación de la



Vicente Pimentel.

misma respiración del maestro. Podemos pasar horas enteras observando los salvajes esparcidos por el suelo. A veces, en la sobreposición de las sombras, en el antagonismo del brochazo negro y del brochazo marrón, aparecen figuras inesperadas: una cabeza de toro, perdida en la inmensidad de Extremadura, y más allá, todavía más, un *Quijote* incierto, de pie y sin caballo. La libertad de óptica es tremenda, es una invitación a desatar lo real o la realidad de la imagen, así como un "te miro, te veo y te invento". Estas obras tienen magia, embrujo, ofrecen una libertad de interpretación inexplicable e incontrolable, vale moverlas, desplazarlas, para, entonces, optar por nuevas formas, nuevos movimientos, nuevos mensajes.

De esos trazos enlazados nacen ilusiones, maravillas de la imagen. Se imponen caligrafismos de traza tibetana, japonesa, china o yemenita, todo es libertad de óptica; auténtica inspiración entregada a la retina del vidente como una metáfora, como uno de esos versos de Cavafy o de Lorca, que nacen solos de la frase. Esta obra plástica tiene fraseo y música. No se queda aquí la sugerencia de Pimentel:

la abstracción expresionista que abarca arrastra un lenguaje poético indisoluble del mismo lenguaje pictórico, cumbre de las más elevadas sensaciones, envueltas en el asombro. Es difícil saber de "qué cosa se trata..." y en este caso no importa, porque algo sucede, todo parece volar, trepar. La fuerza gestual del pintor abre alas negras inmensas dispuestas a tragarse un pedazo de cielo. ¿En qué se molestarían las letras y las palabras, no basta con cumplir la simbiosis emotiva y carnal frente a la creación? Pimentel dispone cada vez más su obra como una

peregrinación incansable, buscando el signo sutilmente reducido y condensado, que pudiera darnos la más eficiente emoción, la sustancia más pura de la gracia.

Aquí es donde nace el misterio, la obra de Pimentel ya lleva su genio, su duende para siempre. Ahora se envuelve dentro de una sabiduría espiritual y de una bioenergía plástica, dónde la estética se hace sublime, y divina. Esta obra es trascendental, genera una dinámica de valores que caminan y nos transforman en seres diáfanos. No se trata de la estética formal y técnica, sino de esa mística que nos enciende la llama virtual. Hemos compartido frente a los signos de Pimentel la señal de la luz mística.

Pimentel ocupa hoy día un espacio muy personal dentro de la pintura abstracta, porque contiene una fuerza expresionista sin límites. Cuando el maestro despliega sus rollos de papel de 10 ó 12 metros por 3, las pinceladas, los toques se sitúan y se mueven en el espacio como los dedos de un pianista embrujado en el teclado.

Las pinceladas se dirigen a la mirada para susurrarle lo indecible, lo sagrado, siempre en silencio. Sus obras sugieren

todas las señales y los enigmas encontrados en las grutas de Altamira, de Roncesvalles, del Perche, la emoción es tener en Pimentel una plástica que permite evocar un reino de antropología pictórica: todo se abre como un espacio donde lo superfluo se despoja, dando rienda suelta al azar, a la duda, como si todo fuera por primera vez. A Vicente Pimentel le apasiona la anterioridad, y de hecho la prehistoria. Esos colores marrones, negros, terrosos, de color teja, los extrae de las huellas de nuestro planeta, donde escarba, busca pigmentos naturales, que por el



Vicente Pimentel. *Sin título*, 1991. Obra sobre papel.



Vicente Pimentel
en su estudio de París.

genio creador se encontrarán en sus telas. Pensamos que esta obra llama a ser expuesta algún día en una de esas cuevas taínas de la Isla para darle toda la fuerza de la señal del origen.

Monocromos, el azul, verde o marrón se extienden en el espacio enredándose en rotulaciones de capas y espesores ocultos que sólo aparecen con la proximidad. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, resaltan las evidencias: la tela se abre como la noche profunda y estrellada, en la que todas las estrellas se encienden, desde la más grande hasta la más chiquita, y todo se integra en un equilibrio de huellas en el Universo. Por eso tendremos que salir de la cueva y abrirle al espacio los azules y los cielos índigos del maestro.

Mientras tanto, *Los Salvajes* siguen "habitando" el taller del pintor. Pimentel está más allá de la materia plástica, su obra se hace con su propia respiración y movimiento. Los chorreos,

las aguadas, los toques, puntillas o manchas pertenecen al riesgo. Con atrevimiento, el artista se entrega a una relación constante entre su interioridad mística y su capacidad de ejecución plástica. No obstante, en ningún momento se trata de sistematización o "espontaneísmo". Los signos responden a una virtud específica, las telas aéreas, ligeras, con una elevación entre cielo y tierra, intensifican el lazo que nos anuda la memoria.

Pimentel sabe de dónde viene. Hoy prepara una serie de instalaciones con el título significativo de *Cimarrones*. Está muy inmerso en la mística del hombre frente a la Creación. La conciencia de su origen la siente y la expresa dentro de la globalidad de la aventura humana. El conjunto de sus trabajos confirma la maestría de un artista cuya obra está sentida y envuelta en su propia filosofía de ser que piensa desde la tierra con los ojos y el corazón apuntado hacia las estrellas...